

LA GRAMILLA O EL LADO LUMINOSO DEL EXILIO

Martín Mazora*

Nadie pierde (repites vanamente)
sino lo que no tiene y no ha tenido
nunca...

Sólo me queda el goce de estar triste...
(Jorge L. Borges, 1964)

Con las raíces en el parque

Quién no las ha mirado con asombro, cuando no con desprecio... y es que nacidas en el suelo fértil no encuentran sino en la inclemencia del cemento un lugar para vivir. Hablamos de esas tiras de gramilla que, aunque enraizadas en la tierra, no consiguen ni tienen en ella espacio para crecer. Traspasan entonces los límites del parque y emigran hacia las veredas, ocupan los bordes de los patios y los cordones de las calles, lo mismo en los grandes centros que en los suburbios de una pequeña ciudad. Como Abraham, deambulan por un mundo desconocido, siempre ajeno, siempre hostil, sin una morada en la que poder descansar. Pero al menos aquel hombre errante vivió con la esperanza de una tierra prometida de la que manaría en abundancia la leche y la miel. Para esas tiras de gramilla, en cambio, su patria y su cielo han quedado atrás. Y no se engañan soñando con volver: entre las piedras del exilio no hay cabida para vanas esperanzas. Una fisura en la que poder hundir alguna de las raíces que penosamente arrastran sobre la severa superficie constituye ahora su única ilusión.

* Escritor e saggista argentino di origine slovena.

En las grietas del cemento

Más allá de los límites del parque, ya sin conexión alguna con él, en medio mismo del cemento, casi como un prodigio de la naturaleza o como una maldición de la vida, otras gramillas – pálidamente verdes, casi amarillentas – luchan sin desmayo buscando sobrevivir. Es posible verlas, perdidas y solitarias, entre las baldosas de las veredas, en las juntas de los patios o en las grietas de las azoteas, y hasta en las fisuras del revoque en lo alto o en lo bajo de una vieja pared. Basta la rugosidad de un pliegue, la mínima imperfección de una superficie, para que desplieguen en ellas sus ávidas raíces y podría creerse que inútilmente, pues en la aridez del puro cemento, ¿qué posibilidades puede haber para la vida? Pero esas raíces son tentáculos en acecho permanente y, cual telas de araña, aprisionan en sus redes partículas de polvo y de tierra, restos de hojas secas, arenilla, insectos muertos, tanto da pelusas multicolores que descoloridas hilachas, miserias que arremolina el viento en el patio abandonado, debajo de una parra de tronco retorcido, o a la sombra de una santa rita enmarañada. Minucias y desperdicios de las vidas ajenas que amalgamados con el polvo y la humedad conforman el mundo y el hogar de esos brotes solitarios. Y quizá porque la conciencia del desarraigo sea un modo de la locura, estos hijos de inmigrantes encubren su destino figurándose tener las raíces apegadas a la tierra, cuando, en rigor, es la tierra, el polvo y los desechos los que se hallan precariamente adheridos a sus raíces. En contraposición a sus padres desheredados, ellos se sienten artífices de su historia. Cabales dueños de su porvenir.

El amor a la tierra

Pero aquellas viejas tiras de gramillas exiliadas, que pueblan los bordes de veredas, patios y calles, aún conservan sus primeras raíces profundamente enraizadas en el parque natal. Saben que pertenecen a la tierra aunque ahora vivan en la aspereza del cemento. Mantienen con el humus fértil del que partieron lazos inquebrantables por los que fluye, generosa, la savia de sus vidas. Es gracias a esa raíz primera que conservan intactos – pese a los años de exilio – los caracteres de su identidad. Ella les sigue infundiendo fuerza y valor para sobrellevar los momentos adversos y el permanente peligro de la dispersión total. Mas esa raíz constituye a la par la fuente de su dolor, un sentimiento amargo por lo para siempre perdido. La tristeza y la alegría con que recuerdan los primeros años sobre la tierra húmeda conviven en sus almas con la misma intensidad. Y comprueban con gozo que sus retoños, en las grietas del cemento, no los han repetido en su historia de adioses y partidas; que en sus jóvenes espíri-

tus ya no anida la soledad del exilio ni el dolor de la pérdida por el suelo que los vio nacer.

Islas solitarias

Ni sospechan los viejos que sólo en verdad se pierde aquello que jamás se tuvo. Porque entonces *desde siempre* – y no sólo *para siempre* – se lo ha perdido. Es así como los hijos de inmigrantes pierden sus patrias antes mismo de nacer. Porque es en ellos – más que en sus progenitores exiliados – donde el rigor del exilio consume a pleno su obra destructiva. Allí ni falta hace destruir, porque en esos corazones todo nace resquebrajado. Patria, memoria, costumbres, identidad. En ellos no mora el sentido de la pertenencia ni el amor por el suelo. Si nacieron donde nacieron fue por obra de la casualidad, de la contingencia de la historia o del capricho de los vientos que esparcieron sus semillas. Saben por sus padres que la patria también te expulsa y deshereda. Y como no confían sino en sí mismos, a esos brotes les da lo mismo la tierra que el cemento, vivir entre las piedras o en el hueco de una vieja pared. No tienen experiencia de una raíz común. Ni hay verdores en los que puedan reconocerse. Nada hay que los ate a nada. Son islas solitarias ocupadas cada quien de lo suyo propio. Sus raíces insaciables todo cuanto pueden lo acaparan. En esos desechos húmedos que atesoran en sus grietas tienen depositados sus mejores sueños y sus pequeñas esperanzas. Exiliados en su propio suelo. Solitarios e indigentes. Unos a otros ajenos y extraños.

Epílogo

Los viejos, mientras tanto, contemplan con orgullo el patio cubierto por la joven gramilla verde. Se aferran a la ilusión de que el dolor de sus exilios no ha sido en vano.

Mutatis mutandis, este autor piensa lo mismo. Exilios, desarraigos, pérdidas, angustias, no son sino modos en que el abismo – o llamémoslo misterio, lo innombrable, lo absurdo – se nos hace patente y nos corroe por dentro. Con todo, no hay por qué desanimarse: es desde lo abismal que nace la mirada nueva, la palabra diferente, el color distinto; lo absurdo es el humus del arte, sólo desde lo innombrable nos es posible crear. Fecundidad de la carencia. Inspiración de la angustia. Fertilidad del desarraigo.